

BIBLIOTECA

VINO CODDERS

(GENUINO)



Para obsequiar
visitas, para pos-
tres, bautizos,
casamientos y
fiestas. Para an-
cianos, niños,
señoras y con-
valecientes.

Pídanlo
por su
nombre
en todas
partes.

América en los libros

Cortázar sin barba, Eduardo Montes-Bradley con la colaboración de David Gálvez Casellas y Carles Álvarez Garriga, Debate, Barcelona, 2005, 379 pp.

Esta biografía congrega documentos inéditos. Al despejar el mito cortazariano por medio de tal novedad, Montes-Bradley detalla la vida del escritor con la inmediata certidumbre de un archivero. Y sin embargo, su libro trasciende el propósito divulgador y llega, felizmente, al espectáculo de un Cortázar que posa y finge, una vez por coquetería, otras por necesidad. Sin duda, conviene este juego a la fama del narrador. Para ventura de los lectores, la fórmula de Montes-Bradley incluye un humor sostenido, hecho de ironía, no de caricatura. Para caracterizar esta fórmula, basta releer una cita de Cabrera Infante, quien figura en la introducción hablando de «uno que para disfrazarse del Che en París acudió a hormonas y barbas postizas y poder adoptar así el lenguaje marxista *à la mode*». O dicho sea en forma de conclusión: «París bien vale una máscara». Desde luego, las razones (o antipatías) del cu-

bano no son las mismas que sostiene el biógrafo, pero ambos concuerdan en lo esencial del tono.

Conjugar con armonía el testimonio novedoso, las lecturas de terceros y el ingenio personal es el problema que esta entrega consigue resolver. Primera certeza: en las solapas de sus obras están grabados los detalles del Cortázar legendario. Mitos que fraguan en figuras. De aquí en más, el desmentido está justificado y obliga al lector a maniobrar con sigilo.

Casi toda excursión a los orígenes del escritor suele insistir a machamartillo en su argentinidad militante. No es éste el caso. Montes-Bradley sostiene que los padres del biografiado se instalaron en Bruselas para quedarse, y acepta esa voluntad como «primer paso en la dirección correcta para entender el nacimiento del escritor como resultado de una vida poco accidental». Por esta vía, otras preguntas recurren en el lector: ¿es cierto que el escritor adoptó la nacionalidad argentina de sus padres? Y aún más: ¿fue anotado como argentino en la legación bruselense sin su consentimiento? Lo primero, al decir del biógrafo, es falso, y lo segundo,

algo entendible, pues el infante belga contaba sólo cincuenta y un días en esa fecha. Más allá del anecdotismo, este tipo de aclaración informa sobre ciertas sugerencias que sobrevuelan el universo cortazariano, e indaga nuevos caminos para quien las interprete como rasgos caracterizadores. Concebido en Bruselas para acabar en un sepulcro de Montparnasse. Los matices del exilio: he ahí la paradoja que, según Montes-Bradley, hace de Cortázar uno de los escritores más argentinos. Como depositario de esta y otras caretas, el personaje se muestra por medio de imágenes que invocan más al disimulo que a la franqueza. De ahí proviene esta paradoja: el hombre que llamó hermano al Che compartía con éste una vergüenza menor, la de estar vinculado por estirpe a la aristocracia latifundista. Con respeto o mala idea, de confidencias como ésa también cabe extraer jugosas lecturas.

En lugar de apelar al lugar común, hay otros datos con ascendente inseguro que pasan por el filtro de este ensayo: los días del niño Cortázar en Zurich, la separación de los padres, su dislalia, las falsas filiaciones antidemocráticas que una vez le adjudicaron e incluso su cercanía al poeta Fredi Guthmann, hombre de mundo y figura clave en la primera vida del escritor. A decir verdad, no abun-

dan las biografías de esta laya, capaces de retratar a una figura con rigor, sorpresas y un deje de entrañable ironía.

Historia de la inmigración en la Argentina, Fernando J. Devoto, con un apéndice sobre la inmigración limítrofe por Roberto Benencia, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2003, 527 pp.

Los méritos que se cifran en este libro son múltiples. Aun siendo un manual histórico, no cae en la aplicación servil de la metodología académica. Desde luego, el autor tiene el hábito de las cronologías, pero además sabe contextualizar una etapa transitoria, por azaroso que le parezca su arquetipo.

Para hablar de emigración, es evidente que no huelga señalar cada fase y cada ciclo. Lo admite el autor, quien además hace acopio de datos sensibles y resume la impresión de varias décadas con la justa selección de un matiz. En este sentido, Devoto respeta los métodos de la historiografía profesional. No obstante, al pródigo recuento de cifras y acontecimientos añade una valoración cualitativa, que previene al lector frente a la pura estadística. Al decir del ensayista, la historia de la inmigración en Argentina presenta una